
Juan Frigolé Reixach

*Estrategias matrimoniales
e identidad sociocultural
en la sociedad rural:
«llevarse la novia»
y «casarse»
en un pueblo de la
Vega Alta del Segura*

En este trabajo pretendo poner en evidencia que los hechos que se conocen con el nombre, entre otros (1), de «llevarse la novia» constituyen una estrategia matrimonial específica con un significado y eficacia propios, análogos a los del casarse.

El procedimiento seguido para ello consiste en la descripción, lo más minuciosa y amplia posible, de ambas formas culturales dentro de dos secuencias de acontecimientos que se inician conjuntamente con el «ir a contar con el suegro», pero que a partir de ahí se bifurcan y separan. Asimismo consiste en la comparación entre el «llevarse a la novia» y el «casarse», aplicando un esquema formal o modelo, fruto del estudio de los ritos de transición o de paso. La comparación pone de manifiesto una misma estructura en

(1) Otra expresión utilizada es: «irse con el novio».

ambas formas culturales, consideradas como ritos de transición, y la existencia de un mismo elemento clave y primordial en ambas: el traspaso de límites.

Los límites reales y simbólicos a los que me refiero son los de la casa de la mujer. La casa de la mujer es el escenario en el que tienen lugar los principales acontecimientos de estas dos secuencias: «contar con el suegro», «hablarle a la novia», «el pedimento de la novia» y, finalmente, de ella sale la novia «para ir al altar» o para «irse con el novio».

El hecho de resaltar en ambas formas culturales el traspaso de límites como un elemento clave para el esclarecimiento de su significado evita puntos de vista que conducen a interpretaciones etnocéntricas y clasistas. La adopción de este punto de vista hace viable la presuposición de que ambas formas culturales son dos alternativas distintas, basadas y legitimadas por conjuntos de valores distintos en una sociedad fuertemente estratificada. En este sentido, este enfoque ha constituido una buena guía para el investigador, al enfrentarse con un cúmulo de opiniones y valoraciones negativas y contrarias a una de estas dos formas —«el llevarse la novia»—, fruto del control sociopolítico e ideológico de unos grupos sociales sobre los demás, y también para orientarse en medio de las opiniones, a veces contradictorias, expresadas por gentes del grupo o sector en el que es frecuente «llevarse la novia», e incluso por parte de aquellos que adoptaron esta alternativa.

Opiniones contradictorias a veces no sólo porque algunos individuos enjuician desde un rol distinto, el de padre, por ejemplo, lo que hicieron ellos en su juventud, sino también, y reforzando lo anterior, debido a la transformación operada en los quince últimos años, aproximadamente, en la estructura social, transformación que ha hecho desaparecer algunos grupos y ha modificado la fisonomía y la relación de fuerzas entre los demás.

Hasta el momento, los investigadores, incluidos los antropólogos que trabajan en la Península Ibérica, no han prestado atención al fenómeno o, si lo han tenido en cuenta, ha sido de forma muy marginal.

La consideración del «llevarse la novia» como una estrategia matrimonial, junto con el hecho de su gran difusión (2), abre unas perspectivas de trabajo inusitadas para los antropólogos, pero también para otros investigadores, como los historiadores y los demógrafos.

El estudio del «llevarse la novia» ofrece de forma inmediata nuevas perspectivas para el estudio y replanteamiento de la problemática de la estratificación, de la diferenciación social y de la identidad cultural de los grupos sociales dentro de la sociedad rural. En este sentido, parece urgente la elaboración de un modelo que resalte la distintividad e identidad a nivel económico, social, cultural y político del sector jornalero y obrero (sector no campesino) dentro de la sociedad rural. Y uno de los elementos de este modelo alternativo a los que disponemos para el sector campesino puede ser la estrategia matrimonial «llevarse la novia».

Antes de pasar a la descripción de los hechos, quiero indicar que he procurado no dibujar unas formas ideales, sino matizadas por múltiples variaciones y matices, lo cual evidencia la complejidad de la estructura social. Para un mayor conocimiento de la estructura social de dicho pueblo, y, por tanto, para una mayor contextualización de los datos que aquí presento, remito al lector a un trabajo anterior (1974), en el que ya señalé el papel que juegan ambas formas culturales como diferenciadores socioculturales dentro de la estructura social del pueblo. Los datos expuestos, a no ser que se especifique lo contrario, fueron recogidos entre los meses de febrero y septiembre de 1976. Las edades de los informantes hay que referirlas también a este año.

(2) Los resultados de una encuesta enviada a 500 párrocos (222 respuestas por el momento), complementados con información directa recogida personalmente a lo largo de varios viajes, me permitirán, en breve, elaborar un mapa de distribución desde Alicante, Albacete y Ciudad Real hasta el extremo sur de la Península.

«CONTAR CON EL SUEGRO»

Un aparcero de setenta y dos años, que se casó:

Ir a contar con los padres de la novia: decir que querías a su hija, que estabas novio con ella. Iba el novio solo a contar. Ella, si estaba en casa, se salía a lo mejor a casa de una vecina, porque le daba vergüenza. Aquella noche no hablas con ella. Luego tenías que ir cada noche un rato para cumplir, si no, lo tomaban como una informalidad.

Un jornalero de unos cuarenta y cinco años de edad, que se casó:

Cuando me arreglé con ella fue cuando conté con mi suegro.

INVESTIGADOR.—¿Le da ello entrada en la casa?

—Hay quien no cuenta con los suegros y pasa. Yo conté con ellos, pues, para más confianza de la casa y para todo.

Un albañil algo menor de treinta años, que se llevó la novia:

Eso es muy raro de irse así una muchacha con un hombre. Es muy raro, muy raro de que no esté dentro de la casa y tenga la confianza.

El hijo de un labrador, en la actualidad aparcero-jornalero, de unos treinta y ocho años, me relataba así su propio caso, viviendo todavía él en el campo:

Los domingos venía al pueblo, pero luego ella veía por ahí a su padre y decía: «Mi padre.» Y me tenía que ir corriendo, me tenía que ladear porque no me viera. Hasta que ya, pues como ya me uní bien con ella, le dije: «Tu padre es tu padre y yo soy tu novio, y tu padre va por ahí y yo por aquí» (...). Entonces yo bajé y conté con ellos.

Este mismo hombre, pensando en el futuro de los noviazgos:

Tengo dos hijos y una hija y a lo mejor puede que sí estaré con esta hija. Ella está en mi casa, y que yo llegue y que esté el novio sin entrar a mi casa y tenga que decirles: «Oye, buenas tardes; ladearos, que tengo que pasar.» Yo no sé lo que haría con mi hija, a lo mejor me tengo que aguantar y lo dejaré, pero a lo mejor le pego un guante y la tiro para adentro. O se va a la calle, o ése entra a mi casa y me da la cara. Ese, si habla con mi hija, a los dos meses o a los tres meses, si se han entendido, cuando lo traiga aquí, a la puerta, le diré a mi hija: «Oye, nena, si quieres a ese zagal, ése que entre, que me dé a mí la cara. Al que tú quieras,

quiero yo. Ahora ése tiene que darme a mí la cara, ése tiene que hablarme a mí, decirme que está novio contigo y decirle yo aquello que me dé la gana, que para eso soy tu padre. No es que yo le voy a faltar, pero que sepa que en esta casa soy el amo yo. Y va a comer, y va a estar aquí, y va hacerlo normalmente como si fuera mi hijo...»

Presento ahora dos casos en que, formalmente, no contaron con el suegro. Se trata de dos jornaleros de unos cuarenta y cinco años. Uno se casó y el otro se llevó la novia. El que se casó:

Te voy a decir por qué no conté con él. Teníamos entonces nosotros dos bestias, dos burros, y, claro, yo hablaba con su hija, y entonces mi suegro le dijo:

—Dile al Paco que si quiere ir con un burro a meter unas cargas de basura para sembrar patatas.

—Claro, pues sí, tiene que ser un domingo —le dije a mi novia.

Fui un domingo a meter las cargas de basura. Bueno, yo, pues, estuve allí con él metiendo basura y todas esas cosas, y lo que pasa...:

—Pero si ya sabes que estoy novio con tu hija y me avisas que venga allí a meter basura con el burro. ¿Ahora voy a decir que estoy novio con tu hija? ¡Si demasiado sabes!

En fin, que ya no conté con él, y así vino ya la cosa, y así me casé.

Al otro jornalero que se llevó la novia le pasó algo semejante:

Esto va a pasar una cosa por la otra —dije entre mí—. Yo te meto la basura, pero no voy a contar contigo.» Yo iba luego a su casa y hablaba allí con mi mujer.

Como se puede ver en este relato, se destaca un elemento que es a la vez un acto de obediencia y de deferencia. Y estos rasgos son los que los equiparan a los otros casos (3). Después de ello, «contar con el suegro» hubiera sido una reduplicación innecesaria y, por lo que parece, algo humillante.

En los relatos anteriores resaltan de forma clarísima una serie de puntos o elementos:

(3) El total de casos es de 18, de los cuales cinco se llevaron la novia, 10 se casaron y tres están todavía solteros. En uno de estos casos el novio contó dos veces con su suegro, debido a la ruptura del noviazgo y a su reanudación posterior.

a) El deslinde claro de dos escenarios: la casa y el espacio exterior a la misma, así como la zona de transición entre ambos, la puerta de entrada.

b) El reconocimiento del derecho del novio a entrar en la casa de la novia a través del «contar» con su futuro suegro. El «contar» es la clave que le da acceso a la casa y a hablar de forma regular con su novia. Una cosa implica la otra, ya que la muchacha estaba fundamentalmente en la casa. Una vez obtenido el consentimiento de su futuro suegro, el *status* del muchacho cambiará. Dejará de ser en cierto modo un extraño, para pasar a ser considerado «como si» fuera un hijo. Las expresiones empleadas, «un hijo más», «como si fuera mi hijo», «tener la confianza», «ser tratado con toda familiaridad», son indicativas del cambio de *status* operado. Como contrapartida, ello va a exigir de él una actitud que casi todos los informantes expresan con la palabra respeto, y también el cumplimiento de una obligación derivada de la nueva situación: «tenías que ir cada noche un rato», «tenías que estar allí».

c) El reconocimiento del derecho del padre de la novia a exigir al pretendiente que le pida la entrada en la casa y, por consiguiente, a seguir hablando con su hija. Este traspaso de límites, este cambio del lugar donde le habla, es lo que produce automáticamente el cambio de *status* del muchacho.

«Contar con el suegro» es un acto por el cual se le reconocen a éste sus derechos y su autoridad en relación a la casa y a los moradores de la misma. A veces se utiliza la palabra «amo» para definir estos derechos, palabra usada muy frecuentemente por los aparceros para referirse al dueño o propietario de las tierras que llevan. En el caso de los aparceros, para ceder la tierra que llevan a un hijo suyo o a otra persona también es necesario «contar» con el amo de la tierra.

«Contar con el suegro» es, asimismo, una manera formal de declarar unas intenciones y propósitos, de asumir una responsabilidad y de ser reconocido como novio. La expresión «dar la cara», pronunciada por un informante, engloba todo esto.

EL CONTROL DE LOS NOVIOS: LA DELIMITACION DEL ESPACIO Y EL MANTENIMIENTO DE LAS DISTANCIAS

Una mujer de setenta y siete años, viuda de un pequeño aparcerero:

Los novios paseaban por la Corredera. Este era el sitio. Por la Corredera (4) sólo.

La hija de esta mujer, de unos cuarenta y cinco años:

El paseo de cuando yo era novia era esa carretera donde está el Casino. Ese era el paseo de los novios, una fila para abajo y otra para arriba. La Gran Vía ya fue después. Las que se iban por la Gran Vía, ésas se salían de parva.

Una nieta de unos dieciocho años, dirigiéndose a su abuela:

—Pero entonces los novios ni se cogían de la mano, ni andaban cerca. ¿Verdad que no se cogían?

—Uy, así un clareo. Entonces se era muy severo. El novio no se acercaba, muy retirado.

La hija, refiriéndose a otras actividades:

Al cine tenía que ir con mi madre, y a pasearnos, solos; ya a última hora salíamos, pero en seguida teníamos que volver. Y para ir yo a cenar o comer tenían que ir a por mí la suegra o una hermana del novio. Sola, no.

De una conversación en la que intervienen un espartero de mediana edad y un matrimonio joven:

ESPARTERO.—Antes tú no veías a una muchacha con un muchacho sola por ahí ni por asomo. Si no iba con las amigas no salía.

MUJER.—Ni eso de ir cogidos, ni dejarte ir al cine.

ESPOSO.—Y estaba la madre a ver si tal, vigilando. Para ir, por ejemplo, la novia y el novio al cine tenía que ir el padre o la madre o alguien que les acompañara, si no, no había nada que hacer.

MUJER.—Hoy hay más libertad, antes no había libertad ninguna.

Un hijo de labrador, de treinta y ocho años:

(4) Plaza principal.

Llegaba los domingos allí (la casa de su novia):

—Mamá, nos vamos esta tarde al pueblo.

—Bueno, pues iros.

Pues con sus hermanicas, luego con su padre, luego con su madre, subíamos al pueblo. Luego íbamos solos a pasearnos ya. Ya se usaba un poco de ir a pasearnos. Ibamos por ahí, por la carretera de Mula, pero no como ahora, y antes de estas horas (al oscurecer) tenías que estar ya en la Corredera. Al cine, nunca he ido solo. Y conmigo no se han metido nunca, nunca en la vida. A mí me pasó un caso que se va a reír: estando en mi casa, y moci-co, me tiré un verano que hubieron cincuenta y tantos días de trilla, trillando con los mulos (...). Me tiré dos domingos sin ir a ver a la novia (...). Pues llego allí y estaba en la puerta, pues, claro, hacía calor. Dejo la bicicleta y, yo soy también una miaja ligero, la veo y me tiro para ella como un toro. Pues la abracé, pues ya ves no esa cosa de... Porque hoy lo ves eso y es normal. Pero aquello no se podía hacer, y con mi suegra, ¡anda! Ellos estaban en la puerta. Yo no miré a mi suegro, ni a mi suegra, ni a nadie, nada más que la agarré, le di su beso y ella me lo dio a mí. ¡Ay, mi suegra, qué pasó! Me vio mi suegra. Yo ya no entré en la casa, cogí la bicicleta y me fui a mi casa, y volví a los ocho días. Y después de casado:

—¿Se acuerda usted, Esperanza?

—Si te quedas dentro, os tiro a los dos, pero como te vi que te dio vergüenza, lo mismo a mi hija que a ti, no os dije nada.

Pues sí, el noviaje ha sido muy serio con ella. Mi suegra ha sido una mujer... Y oye, iba los jueves y los domingos y lo mejor que tenía en su casa para comer, que sabía ella..., porque me he tirado nueve años con ella, me lo tenía guardado, y cuando yo llegaba: «Toma, Paco, cómete esto, cómete lo otro...» Ahora, eso de la mano por encima...

El anterior informante, refiriéndose a un cuñado suyo, casado con una hermana menor de su mujer:

Mi suegra le echó a la calle y no entró a la casa. Y no fue grave. Porque la vio un día...; pues estaban un día delante de ella, empezó a pegarle besos allí delante de ella y, abrazados y tal, en la casa, y cogió y lo echó a la calle, y a ella también. Les echó a los dos:

—Si tú quieres volver, que soy tu madre, vuelve, y si no..., pero ése aquí no entra más.

Y ha entrado después de tener la zagala mayor, que tiene seis meses de edad. La zagala se volvió llorando y se tiró cinco meses sin salir de la puerta de la calle, porque la asustó la madre (...). Más tarde, el novio iba a la puerta de la casa de ella y se la llevaba, a la muchacha, porque la suegra no lo quería. Y a la hora de casarse, ella no quiso hacer boda por él.

Como ya he indicado, el noviazgo tenía lugar principalmente dentro de la casa de la novia. Este es un espacio bien delimitado, que es fácil de controlar y, además, que se halla al abrigo de la curiosidad de los de fuera y, por consiguiente, de sus posibles habladurías. Al entrar en la casa, el novio es invitado a sentarse y la novia hace lo mismo. La colocación de las sillas comporta una separación y distancia entre ambos. Ello está claramente expresado por un gran número de expresiones, tales como: «así un clareo», «el novio no se acercaba, muy retirado», «los novios ni se cogían ni andaban cerca», «su novia, aquí, y mi madre, ahí delante», «no te podías arrimar», «los muslos no se juntaban», «nada de la mano por encima». La anulación de la separación, es decir, la reducción de la distancia, era considerada una conducta indecente y una falta de respeto a los moradores de la casa y, en especial, a los padres de la muchacha.

El control de límites y distancias está encomendado fundamentalmente a la madre de la muchacha. Las frases siguientes lo expresan de forma clara: «entonces la madre iba siempre con la hija y el noviazgo era diferente», «las hijas conviven más con las madres que con los padres; los padres son más de la calle».

La seriedad como característica del carácter de los padres de la muchacha y, en especial, de su madre, se relaciona con su papel de mantener unos límites y una distancia perfectamente claros entre ambos novios. La anulación de esta distancia supone para ambos algún tipo de reproche o castigo. Hemos visto un caso en que el novio se retira voluntariamente para no ser reprochado, y otro en que ambos son echados de la casa, lo cual, sin la intervención posterior de otras personas, hubiera podido suponer la ruptura del noviazgo. Uno puede pensar también que se trata a lo mejor de un caso extremo, pero, a mi entender, por la forma en que me lo relató el cuñado y la coherencia que mantiene con el resto de la información, no se trata de una excepción. Hay que tener en cuenta, eso sí, que se trata de una familia de labradores y que al enconamiento del conflicto pueden haber contribuido el hecho de que este incidente tuviese más significados de los aparentes y la ausencia de una eficaz mediación una vez estalló.

En los espacios de tiempo concretos en que el noviazgo transcurría fuera de la casa, había, generalmente, un miembro de la casa o de la familia que acompañaba y vigilaba a la pareja. Aunque dentro de la casa es la madre de la novia la que ejerce preferentemente la vigilancia de los novios, fuera de ella su lugar es ocupado muchas veces por otras personas, preferentemente mujeres, tales como hermanas, primas o incluso amigas de la novia, generalmente. Mediante estos procedimientos, el espacio exterior a la casa tendía a convertirse en una extensión de la misma. La calle era, de alguna manera, menos calle, una dimensión menor foránea o externa. Todo ello quedaba reforzado por la delimitación clara dentro del marco del pueblo de un área destinada al paseo de los jóvenes y de las parejas de novios. Hemos visto sucesivos cambios de estas zonas. Primero, «por la Corredera sólo»; luego, «esa carretera donde está el casino», y más tarde, «por la carretera de Mula», «pero no como ahora», y en este caso también con otras restricciones: «antes de oscurecer tenías que estar ya en la Corredera». Salirse de estas zonas era «salirse de parva», como decía una mujer. La metáfora nos lleva a otro espacio bien limpio, bien preciso y bien delimitado, la era, donde se halla la mies tendida.

Con el tiempo habrá una modificación y redefinición de los límites, de lo que es dentro y fuera, de lo privado y lo público, implicando cambios en la concepción y desarrollo de los noviazgos.

LA PREPARACION DEL AJUAR

La preparación del ajuar puede empezar mucho antes de que la muchacha tenga novio, produciéndose variaciones de unos grupos a otros. No parto de una definición ideal del ajuar, sino que recojo todas las variaciones que contienen mis datos y que suelen reflejar variaciones en la estructura social.

Empezaré, en primer lugar, con una información proporcionada por cuatro mujeres, tres de ellas relacionadas en términos de madre, hija y nieta, y la última llamada «cha-

cha» (tía) por las dos anteriores. La madre, una mujer de setenta y siete años, se puso a servir a los catorce años. Su hija, antes de casarse, trabajó al jornal en la huerta. La nieta, de unos dieciocho años, trabaja durante la temporada, unos seis meses, en una fábrica de conservas. Según estas mujeres, la responsabilidad de la preparación del ajuar corresponde a la madre de la muchacha. A la pregunta de cuándo empieza la preparación, la hija respondió:

Desde que mi nena era casi como tu nena (cerca de cuatro años) empecé yo. Mi marido se iba a las reposturas, y entonces yo llegaba y compraba ropa. Y como la ropa es una cosa que no se estropea ni come pan, pues yo, mira, al arca. Una ropa ya para ella, para ella exclusivamente.

Y con respecto a su otra hija, que en 1976 hizo la primera comunión:

Esa ya tiene. A ésta ya le estoy haciendo yo, porque luego vamos a ser viejos y entonces ya las fuerzas van a estar agotadas y ahora, pues, lo que pueda le voy arrimando a la criatura también.

He aquí un breve apunte sobre la evolución del ajuar, tomando como punto de referencia la ropa:

MADRE.—Me llevé tres sábanas y la de novia, pero malicas.

HIJA.—Yo ya me llevé once sábanas y un colchón. Mi padre me compró mis muebles, y ya sin pedir nada, pero llevé mi ajuar.

Y con respecto a su propia hija:

Tiene mi hija, que todas no se las doy, por lo menos cinco o seis docenas de sábanas.

Un aparcerero ya mayor:

Mi Luisa estuvo quince años cosiendo con un sastre y todo lo que ganaba era para su ajuar. Mi Pepe, en cambio, entregó en casa todo el dinero que ganaba, pero ya me cuidé yo de estar prevenido para su boda.

Y refiriéndose a los esparteros, grupo donde se daba con frecuencia el «llevarse la novia»:

A los esparteros les pasaba como al gallo de Morón, sin plumas y cacareando. Ni sus padres les dejaban que guardasen el dinero para ellos, ni podían dárselo luego.

Un jornalero, que tiene una hija que sirve en casa de unos señoritos:

Lo que le queda a ella después de sus gastos como mujer se lo dejo para cuando se case. Pienso que se puede casar dentro de dos o tres años y, si no lo hago así, yo no se lo podría dar.

En el pasado, las hijas que dependían de lo que ganasen ellas mismas se hallaban muchas veces en una situación difícil, debido a la falta de trabajo y a los bajos salarios. Decía una mujer de mediana edad:

Y entonces la madre éramos nosotras, porque ganábamos diez duros al mes.

Frente a estos casos hay también los de las mujeres que debían entregar una gran parte o la totalidad de lo que ganaban en casa y que no podían esperar un retorno por parte de sus padres. En la actualidad, las actitudes paternas descritas antes permiten a las hijas una mayor independencia. Una mujer joven, que se fue con el novio, refiriéndose a la situación de las jóvenes de hoy:

Ganan dinero y libertad, y de ir con el novio, no lo piensan. Como tienen dinero, cuando el novio diga de casarse, se casan y ya está.

También en el caso de los hijos varones, los padres podían emplear también estrategias semejantes a las que utilizaban para con sus hijas. Un jornalero de unos cuarenta y cinco años contaba que, al volver de la «mili», sus padres acordaron que le darían la comida gratis y que él ahorrara todo lo que ganaba.

Dos relatos más detallados nos muestran dos extremos en cuanto a las posibilidades de previsión y de planificación de los padres por lo que respecta a la boda de sus hijos. Un hombre de treinta y ocho años, que se casó en 1963 y era el hijo menor de un labrador:

Pero ya llego a los veintiséis años y me dice mi padre: «Yo soy viejo, tengo ya sesenta y seis años. La próxima vez que vayas a la casa de tu suegro le dices que te tienes que casar, que el invierno que viene te casas.» Yo no había pensado en qué día, yo nada (...). «Eres el menor y quiero verte casado. Tú ya te quedas aquí, yo tengo menos calentamientos de cabeza, tú eres un hombre y tú te preocupas.» Bueno, pues nada, se lo dije a mi suegro. Era la mayor ella y vivía en muy buena situación. Dice: «Cuando tú quieras, cuando tú quieras ponéis la fecha. Mi hija no estorba en mi casa, pero cuando queráis os podéis casar» (...). Durante el pe-

dimento, mi padre le dijo: «Mira —porque aquí el que más habla es el padre—, ya sabes que éstos no se bajan al campo, porque estoy harto de que éste esté allí y quiero que se tire un año aquí en el pueblo, hasta que tenga el primer hijo. Si tienes tú donde meterlos, los metes.» Mi suegro dijo: «Yo tengo una casa vacía» (...). En fin, ellos acordaron aquello.

Yo no me preocupé de alcoba, ni de traje, ni de zapatos, ni nada. Lo que ellos compraron, lo que nos pusieron en la casa entre los cuatro, nosotros no supimos nada. A mi mujer le pusieron lo que sus padres le quisieron poner, y a mí igual, sin decir nada. El traje que yo me tenía que poner, a mí me lo compró mi madre sin verlo yo. No más, oye: «Ve y pruébate el traje a tal sitio.» Pues yo me fui a probar.

Al preguntarle acerca de lo que debía aportar al matrimonio:

La alcoba era de mi cuenta; bueno, yo no la pagué, la pagó mi padre. Yo la vi la primera vez cuando estaba puesta (...).

A modo de justificación concluyó:

Yo no tengo queja de mi padre, nada. Ellos me dieron lo que pudieron. Como yo no gané un duro más, que todo lo que ganaba era para mi padre y mi madre, pues, claro, al casarme, yo no podía disponer de nada, porque yo no tenía un duro.

El siguiente caso se refiere a un jornalero eventual. De algo más de cincuenta años, se casó a los treinta y un años. Su padre llevaba una pequeña parcela de tierra y trabajaba como jornalero. En su casa eran seis hermanos, de los cuales cuatro se casaron y dos se llevaron la novia. Al preguntarle acerca de la edad en que se casó:

¡Pues si no ganábamos ni para comer! Un año, otro año. Si éste no tenía nada, al que viene tampoco. No podía ser. Yo ganaba al jornal quince y dieciséis pesetas en un jornal. A ver lo que podía ahorrar con eso, y muchos hermanos pequeños que había en casa aún. Tenía que aportar ahí; si no, se morían los demás.

La conversación transcurre en presencia de un amigo suyo también jornalero:

Y para poderme casar, porque éste lo sabe, compré un pollino, lo compré pequeño y lo hice grande, y en aquella época (calculo que fue hacia 1953) me dieron tres mil pesetas por él. Con las tres mil y otras mil y pico que tenía, que éste estuvo en el trato, compre la casa esta que tengo, que esta casa la compré de mocico (...). Y entonces tuve que ir a las Minas (pueblo cercano, pero de la

provincia de Albacete) a la respostura del arroz. Me traje seiscientas pesetas y entonces me casé. No pude hacer boda ni nada. Nada más que para poner la instalación de la casa (luz) ya nos faltaban perras.

A través de todos estos casos se perfilan con claridad las diferentes estrategias, incluida la ausencia de ellas, por parte de los padres en lo referente al casamiento de sus hijos. Aparecen claras diferencias según los diferentes grupos sociales. En general, a la autoridad e intervención de los padres corresponden actitudes de sumisión por parte de los hijos. Las siguientes frases son bien expresivas:

Yo no le decía nunca a mi madre: «Me tiene que comprar esto o lo otro» —decía una mujer anciana.

Una mujer de mediana edad:

Mi padre me compró mis muebles y ya sin pedir nada, pero llevé mi ajuar.

Y el hijo de un labrador:

Nosotros no dijimos dame más, ni dame menos. Sin decir nada.

Estas actitudes tienen su origen en una situación de dependencia de los hijos con respecto de los padres. Esta dependencia se manifiesta básicamente en la entrega del dinero que ganan en su casa o, en el caso de los hijos de los labradores, trabajando en su casa para sus padres.

EL PEDIMENTO O LA PETICION DE LA NOVIA

Una mujer de unos cuarenta y cinco años, hija de un aparcerero y casada con el hijo de un labrador:

Pues a mi pedimento fue muchísima gente, como si hubiera sido una boda. Y, por cierto, aquella noche me pinté los labios; parecía una pollita, y mi padre tomó un disgusto que para qué, porque me pinté los labios. El pedimento fue en mi casa. Fueron mis suegros, fueron los padrinos, que eran mi cuñado Pepe (el hermano mayor del novio) y su mujer, todas mis cuñadas y sus novios, los amigos de mi marido (...). Cuando ya la gente había bebido y había comido, entonces mi suegro se levantó, se sacó de

su bolsillo su sobre y me lo dio allí delante de todos. El que da el dinero es el suegro, y en aquellos tiempos me dio quinientas pesetas.

El pedimento de esta mujer se celebró un domingo por la noche. Al día siguiente, la novia, con su madre y el novio, acudieron a la casa parroquial y al domingo siguiente empezaron las amonestaciones públicas.

En el siguiente caso, ambos son hijos de labradores y sus edades no llegan a los cuarenta años. Como ambas familias vivían en el campo y además estaban separadas por el río, el padre del novio hizo decir por medio de su hijo a su futuro consuegro que subieran al pueblo un viernes, que es cuando se celebra el mercado.

Entonces los vieron aquí en el pueblo: «Bueno, el domingo que viene venimos a pedirla.» Nosotros estuvimos también presentes, pero no hablamos nada. Lo único que nos dijeron, lo mismo mis suegros que mis padres: «¿Estáis conformes vosotros dos? Si vosotros no queréis, a tiempo estáis. Pero si nos juntamos las familias y bajamos allí abajo y hacéis un feo, ya sabéis que no nos da gusto ninguno.» En fin, en aquel entonces aquello era antiguo y se hacía así. Luego ellos cuatro hablaron y a continuación acordaron lo que llevarían para hacer el refresco. Entonces, al domingo siguiente fuimos. Yo tengo mucha familia, pues, ya le digo, somos cinco hermanos, y fuimos todos. Mi padre avisó un coche allí abajo. Mis suegros avisaron también a sus familiares (...). Se toma un refresco y entonces, al terminar, llega el padre del novio y, en un sobre, mete unas perras, las que él quiere o no quiere, que nadie lo sabe, y se las da (...). «Pues, toma, esto es porque he venido a pedirte.» Le dio dos mil pesetas, que yo luego me enteré, para comprarse lo que ella quisiera comprarse. Entonces los padres, los cuatro, se meten en una habitación solos para acordar lo que hay que organizar. Luego llamaron a mi mujer y le dijeron: «¿Qué fecha quieres casarte?» Porque ellas son las que han de poner la fecha.

Este caso me lo contó una mujer de unos setenta años, casada en 1922. Su suegro y su marido trabajaban como mineros y como jornaleros y vivían en el campo. Los asistentes al pedimento le regalaron veintitrés duros:

Y de aquello tuve que dejar cinco duros para que aquel día mi madre tuviera, si le hacía falta gastar alguna cosa, para que gastara. Me compré la colcha con aquellas perras y me hice el ajuar de madera. El ajuar de madera se compone de la artesa para ama-

sar, de la tabla para el pan, el medio celemín, la cernera y el ciazó (cedazo).

Un jornalero de unos cincuenta años:

Yo les dije a mis padres: «Hay que pedir a mi mujer.» Y fuimos allí, mis padres fueron. Yo no estuve, ellos me lo arreglaron todo.

Y al preguntarle si sus padres habían entregado algo a su novia, contestó:

¡Qué le iban a entregar, si no teníamos nada! Hoy sí, llegas, y pides la novia y..., pero entonces (hacia 1954) no había nada, estábamos todos muertos de hambre. Qué le iban a entregar, si mi mujer se tiraba todo el santo año con un vestido y unos alpargaticos de aquellos blancos, y siempre la misma vestimenta. Entonces no había nada para regalarle. Yo no le regalé a mi novia nunca nada.

DONACIONES Y REGALOS A LOS NOVIOS

Entre la celebración del pedimento y la boda tiene lugar una multitud de donaciones y regalos de diferentes tipo y significado. Estas donaciones y regalos corresponden a los padres respectivos, a los padrinos de la boda y a los invitados. Ilustraré mediante un caso las donaciones de los padres. Se trata de donaciones que aseguren al nuevo matrimonio el inicio de su vida en común con unas reservas alimenticias y un medio de trabajo —el traspaso de tierras llevadas en aparcería, generalmente—, aunque a veces éste resulte insuficiente y el joven tenga que ir además a jornal.

Una mujer de unos cuarenta y cinco años, hija de un aparcero y casada con el hijo de un labrador:

Mi madre me puso un poco de embutido y mis suegros me pusieron un saco de harina, patatas, alubiones, pues de todo lo que tenían me pusieron.

El padre del novio en este caso les cedió un olivar que él tenía en aparcería. Más tarde, cuando ya era viejo, les traspasó por la suma de siete mil pesetas una parcela grande plantada de árboles frutales.

Según la citada mujer:

Los parientes y amigos hacen los regalos cuando ya se sabe el día que es la boda. Entonces se iba de casa en casa. Una tarde la novia, con su madre, a sus amistades, y la suegra —el novio no iba—, pues, a los suyos, invitando tal día a todos aquellos que vayan a la boda.

Los invitados le regalaron objetos tales como platos, cubiertos, cuadros, palanganas, alfombras..., y en el convite que siguió a la boda dieron dinero. Todos, al despedirse, dejan dinero encima de la mesa. Recogió dos mil pesetas.

LOS PADRINOS O COMPADRES Y SUS FUNCIONES

Los padrinos suelen ser siempre un matrimonio o una pareja de novios. De los ocho casos de que dispongo de información, transcribiré dos.

El hijo de un labrador, de treinta y ocho años:

Mi mujer y mi suegra me dijeron: «Mira que mi primo, que vive en Cieza, quiere ser.» Digo: «Mire usted, mi hermano es el principal de todos; si a él no le conviene —no tenía muy buena situación porque tenía el hijo estudiando—, si no quiere él, que sea éste. Pues si no, ya sabe usted que mi hermano es antes que nadie.» Entonces fui y se lo dije. Me dice: «Nene —porque nosotros nos hablamos así—, ¿sabes qué estoy pensando? Me tengo que comprar un traje y me va a costar X. Y es igual, ¿pues no quieren que sea aquél? Pues que lo sea, y así me ahorro las perras y en vez de darte quinientas y gastarme cuatro o cinco mil, te doy dos y tú sales ventajoso y yo también. Y él, que tiene más perras, que se haga el compadre.»

Veamos ahora el papel de los compadres durante el convite y luego a la mañana siguiente de la boda.

El dinero depositado en la bandeja por los invitados, el compadre lo juntó todo en una cajica. El ya se preocupó, que para eso él es el compadre. Luego, la comadre y el compadre vinieron a la casa con nosotros en un coche cuando salimos del refresco. Y cuando nos dejaron, él cerró su puerta, se llevó una llave y yo me quedé con otra. Y a la otra mañana bien temprano el compadre subió de Cieza y con una prima hermana de mi mujer fueron a mi casa con bizcochos, con bebida, con café, con leche caliente, pues con todo lo mejor. Abrieron su puerta: «Muchachos, ¿dónde estáis?» Eran las diez o por ahí de la mañana. Cogió, nos dio aque-

llo, estuvimos un ratito hablando: «Aquí tienes las perras que te dejé anoche. Las tengo contadas.»

Al preguntarle acerca de los regalos que le hicieron los compadres, me respondió:

A mí me dio mil pesetas en aquel entonces, que hace ya doce años y pico, y además un objeto que nos compró. Luego, los puros los puso todos él.

Al nacer el primer hijo de este informante:

Yo fui a Cieza. Le dije: «Mira, ha nacido un chiquillo. El compadre tienes que ser tú, si tú quieres; si no, yo buscaré otro.» Entonces él me dijo que sí.

Al nacer el segundo hijo:

Se lo dije, y subió y lo bautizó. Entonces el tercero, ya estaba casada mi cuñada y este muchacho, que es maestro escuela. Están dos años casados y no tienen hijos. «Yo quiero ser la comadre» —dice mi cuñada. Yo digo: «No hay papeletas; como es primo hermano vuestro el compadre, el principal es éste. Si vosotros queréis, hacer lo que queráis, me da igual que sea aquél que vosotros.» Y, en fin, fueron ellos, mi cuñado y mi cuñada.

El siguiente caso representa el otro extremo, y se refiere a un jornalero, casado con la hija de un pequeño aparcerero:

Yo le nombré compadre mío porque éramos muy amigos en la pesca, y dice: «Paco, ¿es que te vas a casar?» «Pues, sí.» Dice: «Pues, si puede ser, yo quisiera ser el padrino.» «Pues a mí no se me da cuidado; para que sea otro, tú.»

Entonces los compadres estaban también en una mala situación. A mí no me pagaron nada. Yo me metí a mi casa no sé si con treinta y cinco duros que recogimos de la boda. Cuando el primer hijo, entonces, eso sí, el compadre, como tenía hijas pequeñas, mandó el hatiko de las zagalas para el zagalico cuando nació. Los mismos compadres fueron los padrinos de los dos hijos que tengo. Si tuviera cien, ellos tienen que ser si quieren. El Luis lo ha hecho así conmigo, me ha sacado los zagaes de pila, el casamiento y todo.

VARIANTES EN LA CELEBRACION DE LA BODA

Día de la boda:

Mujer de setenta y siete años:

Me casé en un día de fiesta, pero no me acuerdo qué fiesta era.

Mujer de cuarenta y cinco años:

Entonces es que la gente en domingo no se casaba. Era jueves, viernes o sábados, porque dicen que se casaban los gitanos en domingo. Y por eso nos casábamos en un día de la semana. A mí me gustó un jueves.

Mujer de dieciocho años:

Hoy ya, en los domingos. Hoy son los días de fiesta.

Hora de la boda:

Mujer de setenta y siete años:

Me casé por la mañana, en misa. Las que eran ricas se casaban por las tardes, al oscurecer; la demás gente, la pobrecica, por la mañana.

Mujer de cuarenta y cinco años:

Era costumbre casarse por la tarde; por la mañana casi no se casaba nadie, era por la tarde. Por la mañana, las que se iban con el novio, las que estaban embarazadas, ésas era en misa por la mañana, y por las tardes o a las doce se casaban las muchachas que iban puras. Yo me casé un jueves por la noche, a las siete de la tarde del mes de noviembre.

Mujer de dieciocho años:

Eso era antes, eso se ha perdido ya. Hoy ya se casa lo mismo una muchacha que está pura en misa, que otra que se haya ido con el novio.

Vestido de la boda:

Mujer de cuarenta y cinco años:

Antes el blanco se estilaba en las ricas, las que tenían dinero. Y decíamos: «Pues si a mí no me pega.» Porque éramos pobres

decíamos «a mí no me pega». Y la mayoría nos casábamos de negro. El vestido de negro como si fuera de luto. Entonces, un tocadico con una plumica, algo blanquico, y entonces un velico negro por la cara. Unos zapatos negros y tu ramo. Tu ramico de azahar, ese pequeño que se lleva, y tu ramo grande.

Mujer de dieciocho años:

El vestido blanco y el ramo de azahar.

Las tres mujeres citadas están emparentadas entre sí y son gente humilde. Todos estos elementos se podrían sintetizar en un conjunto de pares de oposiciones, siendo además muchos de ellos la inversión del par anterior. Cada elemento del par indica además posición social o de clase.

Para concluir este apartado quiero referirme brevemente a la situación de la mujer recién casada, a través del testimonio de la mujer de cuarenta y cinco años, ya citada:

Y entonces no se salía a la calle así de día hasta que no ibas a misa. ¿Salir de casa hasta que no ibas a misa? ¡Anda! No estaba bien de salir por la calle. Salíamos de noche, pero de día, no. Para el próximo domingo, yo me casé en jueves, la primera visita que hacías era a la iglesia. Hasta que no se hace misa, no ibas por ahí a lucir la verbena.

LLEVARSE LA NOVIA

Tras «contar con el suegro» puede tener lugar una secuencia de acontecimientos distinta de la que he descrito. En la anterior, la mayoría de las relaciones y situaciones sociales se articulan y cobran significado en relación con la celebración del pedimento. La secuencia que presento a continuación se caracteriza, por el contrario, por la ausencia del pedimento o petición de la novia.

Al preguntarle a un joven jornalero si había tenido lugar la petición de la novia antes de su boda, respondió:

No, porque me llevé la novia. O sea que nosotros mismos nos lo guisamos y nos lo comimos.

Un albañil de unos treinta años que se llevó la novia, se casó algunos meses después, pero «entonces no se hace ni pedimento, ni despedida de solteros, ni nada».

Así como en torno al pedimento tiene lugar una intensificación de los contactos, de los intercambios, de los regalos y de la ritualización, en este caso, como parece evidenciarse por estas citas, sucede lo contrario.

El primer relato consiste en la reconstrucción de un caso de llevarse la novia hecho con la ayuda de un matrimonio y su hija, y de una madre y su hija. Lo que he procurado fijar no son tanto los hechos, sino cómo dichos individuos perciben los acontecimientos, se enteran de la situación y de su posible significado hasta convertirse en noticia pública. Este es, además, el único relato que tengo hecho por gentes que fueron testigos o casi testigos del caso. Los demás relatos o informaciones proceden en su gran mayoría de los mismos protagonistas, y, los restantes, de personas que conocieron con posterioridad los hechos. Dado que el llevarse la novia es un acontecimiento que no se anuncia previamente, y a su brevedad, es muy difícil su observación.

El caso que voy a relatar sucedió en la parte alta del casco antiguo del pueblo. La casa de la muchacha que se fue con el novio se halla situada en la parte de arriba de una empinada calle. La mujer y la hija que me contaron una parte de lo ocurrido viven en una casa cercana a la de esta muchacha, al otro lado de la calle. El matrimonio (él es espartero) vive en una casa en la parte de abajo de la calle. Utilizaré en primer lugar la información proporcionada por el matrimonio y su hija. El hecho ocurrió en el mes de agosto de 1975 y la información la recogí en el mes de febrero del siguiente año. Me cuenta Antonio, el marido, que era ya oscuro y la gente estaba fuera de sus casas tomando el fresco. El estaba sentado en el poyo de la puerta de su casa. En la casa de enfrente —la calle es bastante estrecha—, su vecino José, estirado en una tumbona, y en la casa de al lado de la de Antonio, un poco más abajo, otro hombre, el tío Lucas, sentado en una silla baja. María, la esposa de Antonio, dice que era de noche y ella acababa de llegar de la fábrica de conservas, donde trabaja durante el verano. En plena temporada conservera tienen que hacer horas extras y suelen terminar cerca de las diez de la noche y, a veces, incluso algo más tarde. Su hija Carmen, que también trabajaba en

la fábrica, estaba con ella en la cocina y su madre le estaba preparando un bocadillo para la cena. Desde la cocina a la puerta de la casa sólo hay una habitación, que ahora es el comedor y que se utiliza sólo en algunas ocasiones. Estando ellas en la cocina oyeron que Antonio repetía: «Esta ya no vuelve, ésta ya no vuelve.» María preguntó desde el interior de quién se trataba. Una vez conocida su identidad, le preguntó: «¿Tú cómo sabes que ya no vuelve?» Y él le respondió que por la forma de bajar de la muchacha. Antonio es no sólo quien observa la bajada de la muchacha, sino también quien interpreta el significado de la bajada o el paso de la muchacha y lo explica a sus vecinos. Hay que tener en cuenta que, de los tres, sólo él se llevó la novia, y que además el tío Lucas es un labrador que ha pasado la mayor parte de su vida en el campo. Las señales que le hicieron interpretar automáticamente que ella se iba con el novio fueron: el bajar sola, de noche, y con un lío de ropa bajo el brazo. El lío de ropa parece que no era muy grande y lo llevaba sin envolver. Ella tuvo que pasar cerca de ellos, porque la calle es estrecha y además quedaba reducida por la misma presencia de ellos. Parece que la muchacha, al pasar, saludó o les dijo algo. Al cabo de poco tiempo bajó el novio montado en su moto, pero sin ponerla en marcha. Pasó sin decir nada. El es de fuera del pueblo. Poco después de sobrepasarlo, casi al doblar la esquina, a la entrada de una plaza, puso la moto en marcha.

Carmen, la hija de Antonio, al cabo de un rato de haber cenado, salió a la calle, y viendo movimiento de vecinas, subió hacia la parte de arriba de la calle, hacia la casa de la muchacha. Allí vio a la madre de ella, que lloraba y repetía: «Ya la ha hecho, ya la ha hecho.» Su padre le preguntó si el lloro de la madre era de mentirijillas. Carmen respondió que la madre lloraba, pero que a lo mejor lloraba porque su hija se lo hacía todo, ya que ella estaba enferma a temporadas. Las vecinas que acudieron le decían a la madre de la muchacha: «¿Ya has mirado si se ha llevado la ropa?» La excusa que la muchacha le dio a su madre fue que iba a cambiar un vestido que se había comprado. Hay que tener en cuenta que la gente no consideraba la hora como excusi-

vamente tarde y que muchas tiendas atendían a sus clientes si llamaban a la puerta.

La madre y la hija que me informaron de este caso viven enfrente de la casa de la muchacha y se enteraron en el momento en que la madre de la muchacha entró en su casa a preguntar si estaba allí su hija, ya que ella iba muchas veces a casa de sus vecinas. Al tratar de calmarla diciéndole que aguardase a que la gente saliese de la sesión del cine de verano, la madre de la muchacha les contestó que la ropa no la tenía en casa, que se la había llevado.

La muchacha que se fue con el novio no regresó aquella noche, aunque luego le contó a su vecina que en el camino ya le pesaba el haberse ido. Y al preguntarle: «¿Por qué no te volvías?» Le respondió: «Por no perder mi honra, porque la honra es una cosa muy bonita.»

Como hemos visto, Antonio, que intuyó el significado de la bajada de la muchacha guiándose por dos señales básicas, la nocturnidad y el lío de ropa, esperó a que el caso se confirmase, a que se hiciese público y en ello tuvo un papel destacado la madre de la muchacha. Esta, fiándose de la señal —ausencia de parte de la ropa de su hija—, y sin esperar a que la gente volviera del cine, con sus llamadas, idas y venidas, y luego con sus lloros, empezó a confirmar y a difundir el suceso.

El protagonista de otro caso es un espartero de unos treinta y dos años y que se llevó la novia hacia 1964. Con respecto a la premeditación del «llevarse la novia» y otras circunstancias, me decía:

Hay casos que se piensan, y a lo mejor hay casos que no se piensan. Yo lo pensé y lo vi por conveniente de llevármela, porque no se veía posibilidad, no se ganaba absolutamente nada, ni había posibilidad de decir yo me tengo que casar bien casado. ¡Si no había posibilidad! Una alcoba entonces valía menos, pero de todas maneras es que no se ganaba nada. Ella tenía que estar sirviendo y no tenía ni un vestido. Sus padres tenían muchos hijos y ella era la mayor y tenía que estar sirviendo, y tampoco tenía un vestido para ponerse. Y preferimos los dos organizarnos nuestra vida de nuestra manera.

Según él, habían pensado en un día concreto, uno de los días de la feria de septiembre. Acudió al oscurecer a la casa de ella:

Y le digo, como ya lo sabía: «Así que te espero», y ya está. «Si quieres, acudes a tal hora allí, si no, yo no vengo más», es lo que suele decirle el novio a la novia. Y si no acude, a lo mejor no vuelve más. Cuando nos cansamos de hacer una cosa porque estás viendo que las posibilidades que tienes no son buenas, pues si se decide, normalmente se hace.

Se llevó la novia a casa de sus padres, y al preguntarle si eso era frecuente, me contestó:

Sí, porque no podías reunir ningún dinero para coger un coche e irte.

Al insistirle en la posibilidad de reunir dinero para una sola noche, me replicó:

Posiblemente que no. Entonces tampoco se estilaba eso.

Su novia, al irse con él, cogió una parte de la ropa que tenía en su casa.

El protagonista de este tercer caso es una mujer de cincuenta años que se fue con el novio a la edad de dieciséis años. Conversé con ella en presencia de su marido. A la pregunta de cómo se enteró su madre, respondió:

Porque llegó la hora de venir y no había venido. Ella cuando vio que yo no me vine, pues dijo: «Ya se ha ido con el novio.» No es que se lo dijera nadie, no.

Según afirma, ella no se llevó ropa ninguna, sólo lo que llevaba puesto, unas alpargatas viejas de su padre y un vestido viejo con el que había estado espigando arroz en la vega todo el día. La ropa que dejó en su casa no era el ajuar, sino simplemente ropa de vestir, otra muda. Al salir de su casa se encontró con su novio que estaba esperándola allí cerca. Juntos se dirigieron a la casa de la madre de él —su padre había muerto—, que se halla a algo más de doscientos metros de distancia con respecto a la casa de la muchacha. En relación con ello, dice:

Nos fuimos a casa de su madre porque no podíamos ir a otro sitio. ¿A dónde íbamos a ir sin dinero? El llevaba un duro y me

dijo si quería ir a Hellín con él. Digo: «Pues no, yo no me voy a Hellín.» Y entonces nos fuimos a casa de su madre.

A la pregunta de si tenían la seguridad de que les dejarían pasar, ella respondió:

Yo no es que fuera segura, pero sabía que su madre a la calle no nos echaba. El rincón que hubiese nos lo dejaba, y por eso fuimos allí. El hombre que se llevaba entonces la mujer era porque la quería y porque la vida estaba así, ése se la llevaba a la casa de sus padres de él, y ya le digo, podía ser que al entrar pues te dijeran cualquier tontería, pero cuando te abrían la puerta ya no te la cerraban. Te dejaban vivir allí hasta que tú buscabas para vivir y te ayudaban en lo que podían. Ya después te ibas a tu casa, y ya ellos te decían: «Alabado sea Dios.» Ya como ellos tampoco tenían nada para darte, ni los tuyos ni los de nadie, entonces pues decían: «Pues eso ya está, ahora tú te apañas como puedas.»

Las razones que privan para irse de casa de los padres tienen que ver fundamentalmente con el tipo de noviazgo vigente, con las esferas de «dentro» y «fuera» —lo privado y lo público—, con los valores y tabúes inherentes a ambas y con el proceso de socialización de las muchachas, entre otras.

En todos los casos conocidos se han llevado la novia de noche. Ellas se han llevado algo de ropa, excepto en el caso citado. Con respecto al lugar al que se la llevan de inmediato, dispongo de doce casos, y parece que los que se llevaron la novia fuera de su casa son en conjunto más jóvenes. Esto no quiere decir que la variante de llevársela fuera sea algo reciente.

PRESENTACION A LOS PADRES. ACTITUDES Y REACCIONES DE LOS MISMOS

Hemos visto con anterioridad una fase que es común a las secuencias: «el contar con el suegro». Dentro de la secuencia que estoy describiendo hemos visto otra fase importante, consistente en un movimiento de sacar a la muchacha de su casa mediante la invitación «¿te vienes?» u otra similar. La presentación a los padres es la tercera fase importante y consiste en un movimiento a la inversa: la entrada de

nuevo de la pareja en sus casas respectivas. Esta entrada supone, de hecho, la aceptación definitiva del nuevo estado de cosas. A continuación se produce la última fase de esta secuencia, consistente en un nuevo movimiento de salida de la casa donde han sido acogidos provisionalmente, para instalarse en una casa aparte. Todas estas fases se expresan con verbos que indican movimiento: ir a contar con el suegro, irse con el novio, llevarse la novia de su casa, ir a presentarse a los padres, ir a vivir a una casa aparte. Todos estos movimientos tienen como objetivo el traspaso repetido de unos límites. Dichos traspasos significan y producen cambios automáticos de *status* y posición de los actores.

Para ilustrar las actitudes y reacciones de los padres antes y durante la presentación, empezaré con el relato de la mujer de cincuenta años citada en el apartado anterior.

La madre del muchacho, al abrirles la puerta exclamó repetidamente:

¡Ay!, madre mía, si baja su padre nos mata aquí a todos. ¡Ay, Paco, lo que has hecho!

El padre de la muchacha era muy conocido por su mal genio, agravado por el alcoholismo. Por otra parte, la familia de ella sabía muy posiblemente dónde estaba, por haber contado el muchacho con el suegro. Pero, a pesar de la proximidad de las casas, nadie se mueve, nadie hace un gesto, aunque sea con la finalidad de confirmar los hechos. Al tardar en ir a su casa, lo dan por sentado.

Una información concordante procede de una mujer de unos veinticinco años y que se fue con el novio a la edad de quince:

Cuando vino mi madre a acostarse y vio que no estaba, dice a mi padre: «Coge la bicicleta y ve ahora mismo; está en la estación.» Dice mi padre: «¿A dónde voy yo una vez que está mi hija ya dos o tres horas fuera de mi casa? ¿Cómo me voy?» Y es verdad, concluye ella.

Volviendo otra vez al relato anterior, la mujer de cincuenta años me contó su presentación en casa de sus padres de la siguiente forma:

Mi madre no me dijo nada, pero mi padre cogió el hocete y arrancó detrás de mí, dice que me cortaba el cuello. Entonces él —el marido— se quedó allí y yo me fui a la calle. Y a él le dijo: «A ti no te hago nada, porque tú has buscado lo que necesitabas, una mujer» (...). Porque mi padre, con todo aquello que pasó, a los tres o cuatro días de pasar aquello me vio por ahí, me habló. Pero mi madre estuvo siete u ocho meses sin mirarme la cara.

Un espartero de treinta y dos años, citado con anterioridad, se llevó la novia a casa de sus padres, pero éstos no estaban:

Si hubiera estado mi padre le hubiera dicho: «Mire usted, me la he traído porque me la he traído, ya está. O sea, que para allá no vuelve. Si quieren que pasemos la noche, bien, si no, nos vamos a otro sitio.»

A la pregunta de si salieron a buscarles los padres de la muchacha, respondió:

No, porque en estos casos, ya ¿para qué vas a salir a buscarla? Sería de tontos. Un padre que tenga sus cinco sentidos cabales no puede o no debe salir a buscarla (...). Normalmente, tanto los padres de ella como los de uno toman pesambre, pues si no no habría respeto ni nada de eso. En mi caso, tanto los míos como los de ella. El padre de la hembra suele ponerse un poco más tirante, pero, en fin, con el tiempo tiene que... Al otro día, su padre no me podía ver, se negaba a recibirme. ¡Pues no me recibas! Yo estaba dentro, me salgo. Pasado mañana ya seguramente me quieres ver, a mi no, a tu hija. Suele pasarles. Tiene que ser así, porque si no fuera así no se podría llegar a ningún sitio. No se la va a obligar a devolver, porque esta hija tiene que vivir con otro hombre.

A la pregunta de si la gente les considera marido y mujer, respondió:

Sí, naturalmente, y su padre también. Lo que pasa es que no quiere reconocerlo porque está reciente y la sangre está muy caliente, y no lo reconoce aunque sea verdad. Cuando se tranquiliza un poco, ya él reconoce que a lo mejor lo hizo igual, o se casó bien casado, pero que prácticamente es lo mismo. Ahora, este padre, cuando se tiene que mostrar duro es cuando ese hombre que se ha llevado a su hija no quiere cumplir con ella.

Un hombre ya mayor, que se llevó la novia, me contaba que su hijo mayor se la llevó también, y que cuando se presentaron en su casa él no les dijo nada, poner sólo un poco de mala cara y nada más. Y concluyó:

Es como cuando uno ha muerto, que por más que te pongas a llorar, ¿lo vas a resucitar?

Otro informante utilizó la misma imagen:

La diferencia que hay con el casarse es la que existe entre el que se muera uno de repente y el que tarda algo más en morir.

Recapitulando un poco hemos visto que la reacción de los padres frente al hecho de «llevarse la novia» aparece descrita por expresiones tales como «que te digan cualquier tontería, pero si te abren la puerta ya no te la cierran», «toman pesambre», «les dio pesar». Este pesar se hace patente mediante el hecho de «poner un poco de mala cara» o «decir algo».

También se puede expresar de forma inversa, es decir, no hablando. Dejar de hablarle a uno es señal clara de enemistad o de enfado. Parece que la alternancia de las dos formas se sucede dentro de las familias. Hemos visto el caso de un padre que grita y amenaza y de la madre que permanece varios meses sin hablar ni mirar a su hija. En este caso, una cosa refuerza la acción de la otra. Tengo la impresión, sin embargo, de que fue una reacción algo extrema. En algunos casos, los padres advirtieron a sus hijas de que si se iban con el novio no se presentasen en su casa. En algunos casos, en efecto, no las han recibido de momento, pero la reacción ha durado muy poco. Parece más bien que la reacción de los padres se expresa mediante reconvenciones como: «podíais haber esperado», «habéis empezado con un solo pie», reacción descrita con una fórmula que expresa la intensidad: «dos palabras y ya está» o «dos palabras y andando». En el momento de la presentación puede que se hallen sólo en casa las madres, y los padres estén fuera trabajando, pero incluso estando ambos en casa, al menos en el caso de la muchacha, es su madre quien suele decir «algo» o es «la que más dice», y el padre suele permanecer callado, que es igual a no dirigirles la palabra. Este silencio del padre se puede interpretar no sólo como una forma inversa de significar desaprobación, sino que también puede tener otros significados, como el reconocimiento de que «ya son aparte y no manda en ellos» —lo cual concuerda con el hecho de que no salen a buscarlos—, la aceptación tácita de que no ha podido proveer económicamente, el recuerdo de que él en otra época hizo lo mismo. En el caso de que se den todos

juntos es evidente que unos matizan a los otros. La actuación de la madre concuerda con la información presentada en el apartado «El control de los novios». Las lágrimas de las diadas madre-hija y suegra-nuera subrayan el hecho del regreso, la fase de agregación de este ritual.

LLEVARSE LA NOVIA: UN RITO DE TRANSICION

Situar el «llevarse la novia» dentro de la categoría de los rituales de transición nos permite entender plenamente su lógica y su eficacia: la producción de cambios de *status* en las personas.

«Llevarse la novia» no es ningún rapto ni consiste en la acción de arrebatar a alguien por la fuerza. «Llevarse la novia» consiste en invitarla a un movimiento de salida de su casa, a traspasar los límites de la misma. Como se puede ver también en el caso de los que se casan, el trapaso de los límites de la casa, manifestado aquí mediante la expresión «salir de blanco», se utiliza para designar y englobar todo lo que sucede a continuación.

No siempre el novio está dentro de la casa, pero una vez que la muchacha ha cruzado el límite de ella es necesario que alguien la lleve o acompañe. Esto está vigente también para actos más triviales, como, por ejemplo, en el caso de que una mujer casada salga de paseo al centro del pueblo. En una conversación en la calle a gritos, en plan más bien bromístico, entre un hombre y una mujer casada, aquél le decía:

- Dile a tu marido que te lleve a comprar un helado.
- Es que a mí no me apetece salir por ahí.
- Es que no te llevan.
- Oye, si yo fuera otra clase de mujer, pues no necesitaría que me llevaran, me iba yo sola.

No es relevante la distancia recorrida o, como mínimo, no es necesario o imprescindible marchar lejos. En un caso, entre la casa de él y la de ella hay un pequeño trecho; en

otro, ella salta la tapia del corral trasero de su casa para pasar al corral de la casa de su novio, donde se halla éste aguardándola. El que se la lleve a la casa de su padre o fuera del pueblo tampoco parece ser fundamental.

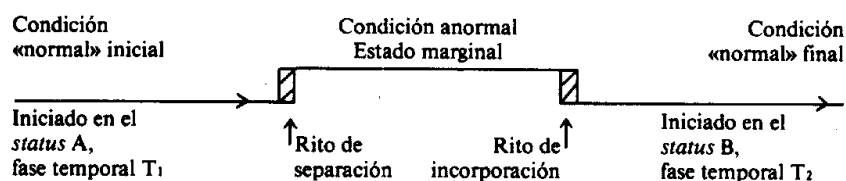
La lógica de la institución o forma cultural parece residir en el traspaso de límites, asociado con dos elementos más que funcionan como señales del cambio operado, que sirven para identificar e interpretar el significado del hecho o situación. Estos dos elementos son la oscuridad y el lío de ropa que lleva consigo la muchacha. Con respecto al primero de estos elementos, más que pensar en su función más o menos práctica, como favorecer la huida —hay que tener en cuenta que una buena parte se la llevan a casa de sus padres, y, por otra parte, ni padres ni hermanos salen en busca de sus hijas o hermanas—, hay que ver su significado, qué significado añade al del traspaso de límites, qué es lo que refuerza. En muchas culturas, incluida la nuestra, la noche es un símbolo de marginalidad o etapa marginal. La noche es sólo la transición de un día a otro, una época de transición entre dos etapas de trabajo bien definidas. Creo que el hecho de que todos los casos ocurran por la noche no es porque por el día estén trabajando, sino para reforzar el traspaso de límites: se cruza al mismo tiempo un umbral espacial y temporal.

El que el traspaso de límites en ciertas circunstancias produce cambios de *status* irreversibles aparece claramente en el caso del primer relato sobre el llevarse a la novia. Decía la mujer:

Aunque en el camino ya me pesaba haberme ido, no me volví por no perder mi honra.

Un movimiento a la inversa no supondría volver al mismo *status* original, sino adquirir otro, el de mujer abandonada o similar, menos apreciado. La imagen de la muerte, que utilizaron dos informantes para expresar la irreversibilidad del cambio o del nuevo *status* adquirido, es adecuada.

Utilizando el siguiente esquema de E. Leach (1976-78), establezco a continuación una comparación entre llevarse la novia y casarse:



La condición inicial normal de los individuos en ambos casos es la de novios.

RITUAL DE SEPARACION

«CASARSE»

La ritualización de la separación es muy acusada en el caso de casarse. Centrándonos en la mujer, observamos que sale de la casa de sus padres llevando un vestido especial, en una hora y día conocidos públicamente. Sale acompañada, y el acompañamiento sigue un orden. Durante la ceremonia religiosa se dramatiza constantemente, desde su llegada a la iglesia, la unión y unidad de la pareja y la separación de sus padres y familias respectivas.

«LLEVARSE LA NOVIA»

Por comparación, parece una separación brusca. Es simplemente una salida de su casa llevando un paquete de ropa en un día y hora convenida en secreto con su novio, pero siempre al anochecer. El único acompañamiento es el novio que la está aguardando cerca, en la puerta, o está incluso dentro de la casa, y a cuya invitación o requerimiento ella sale. Esta separación de un lugar, la casa de ella, implica asimismo la separación de unas personas, la familia de orientación de ella. A través de un mismo acto se dramatiza la separación de unos lugares y unas personas.

ESTADO MARGINAL

En los sectores sociales de que hemos estado hablando parece poco marcado, pero existen algunos elementos que dan fe de él. Entre otros, el servirles el desayuno en la cama el día siguiente de la boda y el hecho de que el matrimonio no pueda salir a pasear de día, y, en el caso de la mujer, ni salir de día hasta que no asista a misa el domingo siguiente del día de la boda.

Este estado se manifiesta de otra manera. La nocturnidad, junto con la ignorancia de su paradero, es lo que caracteriza esta fase marginal. La ignorancia de su paradero, aunque puedan hallarse en casa de los padres de él, puede asimilarse metafóricamente a una no-existencia.

RITUAL DE INCORPORACION

Su nuevo *status* queda plenamente reconocido cuando al domingo siguiente al del día de su boda van a misa. Luego pueden ya los dos pasearse juntos y presentarse públicamente a pleno día.

Supone la vuelta al lugar original: en este caso, la iglesia; en el otro, la casa.

La presentación a los padres respectivos es la manera mediante la cual obtienen el reconocimiento de su nuevo *status*.

Formalmente, la agregación es el movimiento inverso del de la separación. La entrada en la casa y la aceptación en ella en ambos supone automáticamente el reconocimiento de su nuevo *status*.

He estado relacionando el hecho de «llevarse la novia» con una serie de movimientos de los protagonistas, movimientos que tienen como objetivo el traspaso de unos límites o fronteras entre zonas o espacios a los que están asociados valores, prohibiciones y jurisdicciones diferentes. A mi entender, la lógica y eficacia de esta forma cultural reside en este repetido traspaso, en cuando que es tomado por la gente como señal de un cambio de *status* irreversible.

La gente hace descansar la responsabilidad que contrae el que «se lleva la novia» sobre el concepto de «hombre».

En otro contexto, el de las relaciones laborales, aparecía este mismo concepto y se contraponía a «ser cacique» (J. Frigolé, 1977). Aquí, en cambio, se contrapone a «aprovechado» y «sinvergüenza». Una característica común a estas dos categorías de individuos es que pretenden «saciarse» e «hincharse», como vulgarmente se dice, con una mujer, pero sin querer aceptar responsabilidad alguna.

«LLEVARSE LA NOVIA» Y LUEGO «CASARSE BIEN CASADO»

Mi propósito ha sido el ir mostrando que el «llevarse la novia» constituye otra alternativa con entidad y eficacia propias. Esto es, además, una convicción que comparten muchos individuos de algunos sectores del pueblo. En estos sectores se utilizan a menudo las expresiones siguientes: «casarse bien», «casarse bien casado» para referirse al ma-

trimonio eclesiástico; estas expresiones indican claramente para ellos una reduplicación o repetición. Mi opinión es que así como el casarse es considerado por muchos individuos como la alternativa óptima y deseable, para otros muchos es sólo algo con lo que han de transigir dada su posición social inferior, por muchísimas razones, algunas de las cuales son de tipo burocrático.

El tiempo transcurrido entre el llevarse la novia y el casarse puede variar mucho. Un jornalero joven me decía:

Yo me casé que mi mujer estaba ya embarazada. A los cuatro o cinco meses fue cuando yo me casé bien por la Iglesia, como normalmente se dice.

Y al preguntarle acerca de lo que podía pasar si hubiese tardado más tiempo me respondió:

No pasa absolutamente nada. Por ella más que nada, casarse bien casado. Es lo que se ha estilado siempre, no por nada, sino por la seguridad de ella. En fin, al más o menos tiempo, casarse. Si es que precisamente este gobierno, pues exigía esto y lo exigirá mientras no cambien las cosas. Normalmente, pues, debías pasar por la iglesia si querías tener los hijos legalizados; tenías que pasar por fuerza, aunque no te gustara, o dejara de gustarte.

Una mujer, que se fue con el novio, decía:

Siempre tienes ese «pero» de decir: «Mira, se fue con el novio y no se ha casado.»

Pero a la vez reconocía:

No hay ningún motivo para que les miren mal a los que tardan mucho en casarse o no se casan. Les miran exactamente igual que a los otros.

Con respecto al carácter y desarrollo de la ceremonia religiosa:

La ceremonia, bueno, todo es lo mismo, pero aquello de traje blanco y aquella cosa, ya no existe. No es una boda corriente. Con la ropa de domingo, ir a casarte.

Decían dos informantes que se llevaron la novia. La mayoría de las veces sólo asisten los contrayentes y los padrinos. Otras particularidades como las referentes al día y la hora han sido descritas en el apartado «Variantes en la celebración de la boda».

Finalmente expondré brevemente dos casos. Sería hacia el final de la década de los cuarenta cuando el cura del pueblo hizo avisar a un jornalero para que se presentase en la casa parroquial. Al acudir, el cura le espetó que cuándo se casaba. Resultó que el cura le había confundido con un cuñado suyo que se llevó la novia y tenía hijos mayores. En los años cuarenta también el cura casó en una misma ceremonia litúrgica a un grupo numeroso de parejas, la mayoría de las cuales se habían ido. Un informante me mostró una foto como testimonio de este acto.

SITUACION POSTERIOR DE LOS QUE SE LLEVAN LA NOVIA

Quiero presentar brevemente cómo perciben su situación posterior, principalmente en el plano material, los que se llevan la novia, y cómo la perciben los demás.

Los que se llevan la novia buscan una independencia. «Pensé que no viviríamos peor estando juntos.» «Preferimos los dos organizarnos nuestra vida de otra manera.» Pero, aunque por breve tiempo, este movimiento de sacar a la novia de su casa supondrá para la pareja una nueva dependencia de sus familias respectivas. A pesar de las posibles recriminaciones y de que algunos padres, en particular los de las mujeres, digan: «ya se apañarán» o afirmen haber quedado libres de responsabilidad, aparecerá un movimiento de solidaridad para darles algo o cobijarles hasta que ellos encuentren una casa para vivir.

Un espartero de unos cuarenta y cinco años, que se llevó la novia, decía:

Si te llevas la novia no echas luz en toda la vida.

Una mujer, que sólo pudo preparar una habitación cuando se casó, decía con respecto a los que se llevan la novia:

Iban peor que nosotros. Nosotros al menos llevábamos la cabeza un poquito levantaíca.

Las comparaciones que se establecen entre los que se la «llevan» y los que se «casan» se basan no sólo en la posición de la cabeza, sino que utilizan otras imágenes, como el pie: «empezar con un solo pie o con los dos pies», «llevar un pie muy grande o un pie pequeño» o «llevar otra clase de pie». Otros movimientos corporales se utilizan también para definir la situación y posición social y material del individuo que se lleva la novia. Un informante me decía:

Tenías que decir me «arrastro», y si te quería dar tu padre una silla o una mesa, pues te la da y si no, listos.

Otro informante declaraba que desde que se llevó la novia había ido más tiempo «panza abajo» que «panza arriba». Otra manera de expresar la situación es por contraposición a los regalos y dones que reciben los que se casan. Así, un informante, que se llevó la novia, decía con cierta exageración:

Al que se llevaba la novia le tenían que dar los vecinos para que guisara al otro día.

En este sentido, un informante que se casó comparaba el «llevarse la novia» con el «llevarse una burra sin aparejo». Una mujer, que se fue con el novio, decía:

Luego había que empezar por los hijos, por el marido, por la ropa y por la casa. Primero no podíamos hacer una cosa sola y luego teníamos que hacer dos o tres.

La gente concibe o explica su situación por referencia a una amplia secuencia de causa-efecto. La penuria y escasez de recursos familiares se consideran los condicionantes o causas principales del llevarse la novia, pero, una vez ocurrido, este acontecimiento se convierte en el símbolo y explicación de todas las dificultades y escaseces. Existe una cierta ambivalencia. Dadas las condiciones sociales y materiales de que parten, el llevarse la novia es considerado el único camino posible, pero a la vez como algo que dificulta no sólo lo que se suele llamar «movilidad social», sino la propia subsistencia y la consecución de unos medios materiales mínimos.

DOS VISIONES CONTRAPUESTAS

Los que se casaron tienden a considerar el hecho de «llevarse la novia» como fruto de la impaciencia sexual de los protagonistas, de su falta de control. El impulso sexual, un factor personal e, incluso, imprevisible (vgr. «un recalentamiento, un acaloramiento») es lo que les hace traspasar los límites establecidos (5), los de la zona de paseo o los de la casa y, por consiguiente, insubordinarse contra la autoridad paterna. Salirse de los límites espaciales establecidos es sinónimo de desviación y de conducta incorrecta. Es por ello que los que se casan muchas veces asimilan o confunden el «llevarse la novia» con el hecho de embarazarla, o atribuyen lo primero a lo segundo. Cuando no lo confunden es porque lo categorizan como una desviación intermedia, no extrema, es decir, como un mal menor.

El hijo de un labrador que se casó me contaba las circunstancias que, según le habían relatado algunos de los protagonistas, rodearon dos casos de «llevarse la novia» por parte de labradores:

Lo que pasaba era que como estaba la suegra ahí delante —no es igual que hoy—, pues no fogaban y al no fogar se calentaban lo mismo ella que él y, luego a luego, «oye, ahora cuando yo me vaya, sales un rato a la puerta, o ahí detrás del corral, tal o cual». Y entonces, cuando ya se habían apañado y ya se quedaba tranquila la cosa, lo mismo ella que tú, entonces: «¿Qué hemos hecho?» Entonces se daban cuenta que la habían hecho negra. Entonces, ¿cómo iban a volver? Decía la mujer: «Yo ya no puedo entrar en mi casa.» Porque entonces hacía rato que no la habían visto. Entonces, pues, le pegaba su padre o su madre una paliza que la mataba. Entonces ya si viene, ya viene mal venida. «Ya no podemos entrar.» «Pues, vámonos.» Entonces se la llevaban. Ese era el fracaso que había de llevarse la novia, generalmente estas personas que estamos hablando, de labradores y tal.

Pienso que los grupos sociales cuya norma es el casarse y en el que la dependencia de los individuos se prolongue tenderán a explicar el «llevarse la novia» como la transgresión de una norma y debido a razones de tipo personal.

(5) Al órgano sexual masculino lo llaman, a veces, el «saltalindes».

Los que se llevaron la novia, por el contrario, atribuyen la existencia de esta forma cultural primordialmente a razones de tipo estructural, tanto de la estructura social como de la familiar. Algunas de las expresiones utilizadas son: «la vida estaba muy mal», «las posibilidades no eran muy buenas», «no había medios», «no teníamos ni para comer», «no se ganaba nada». Aunque no puedo detenerme a explicitar el contexto de las mismas, apuntan a algo más que a salarios inseguros y bajos.

Un espartero joven, de unos treinta y dos años, que se llevó la novia:

Normalmente, la muchacha que se va así limpiamente con el muchacho, sin tener que mirar para ningún sitio, porque va bien, va limpia, pues esa muchacha se va con ese hombre porque, en fin, normalmente lo quiere y se ve que las posibilidades no son buenas.

Intentando que me precisara si «llevarse» embarazada podía considerarse «llevarse la novia»:

Eso ya es guardarse ellos mismos, es decir, pues qué hablarán o no hablarán; es decir, que se la tiene que llevar por obligación. Tiene que hacerlo así por la fuerza, porque ya no tiene otro remedio. Y llevarse la novia, normalmente, es por circunstancias de la vida, porque no ves campo para poder casarte en una cercanía.

El factor elección es importante. «Llevarse la novia» es, en principio, una elección de una forma cultural positiva, aunque la motivación sea la imposibilidad de elegir o usar otra estrategia. Hay que tener presente, además, que el que deja la novia embarazada tanto puede llevársela como casarse. Suele suceder que en las capas en que usualmente los individuos se casan, a los que dejan la novia embarazada generalmente los casan u obligan a casarlos.

Una mujer de cincuenta años, que se había ido con el novio, sintetizaba su opinión en una frase muy expresiva:

«Vuelves, sales a la calle, te miran igual que antes.»

BIBLIOGRAFIA

- FRIGOLÉ, Juan (1974): «Estructura social y diferenciación sociocultural: el sistema matrimonial y de herencia», *Ethnica*, núm. 7, páginas 89-120.
- (1977): «“Ser cacique” o “ser hombre”, o la negación de las relaciones de patronazgo en un pueblo de la Vega Alta del Segura», *Agricultura y Sociedad*, núm. 5, págs. 143-174.
- LEACH, Edmund (1976): *Culture and Communication*. Cambridge University Press, London.

RÉSUMÉ

Ce travail cherche à expliquer le sens et la logique des habitudes connues sous le nom de «llevarse la novia» (enlever la fiancée) et «irse con el novio» (s'en aller avec le fiancé). La méthode employée dans cette étude est celle de la description minutieuse de deux séries d'événements qui commencent avec «contar con el suegro» (présentation du fiancé chez les beaux parents), commencement formel des fiançailles, et qui finissent avec le mariage ou avec l'enlèvement de la fiancée. Le concept clé pour analyser et comparer ces deux séries est celui de borne ou de frontière. Ce concept, qui permet de penser à l'existence de valeurs, interdictions et compétences différentes, a aussi permis d'étudier les mouvements des fiancés et les changements de status que ces mouvements leur apportent. Ce point de vue a permis de laisser de côté les interprétations classistes et les préjugés qui pèsent lourdement sur ce thème. De ce point de vue, il est possible de comparer le mariage et l'enlèvement de la fiancée, d'après leur structure, à des rites de passage. Finalement, on s'occupe de l'importance que ces deux genres de stratégie matrimoniale ont pour l'étude de la stratification et de l'identité socio-culturelle des groupes sociaux et, très en particulier, des journaliers, dans la société rurale.

SUMMARY

This work tries to explain the meaning and the logic behind some behaviour known under the names of «llevarse la novia» and «irse con el novio» (elopement). The method employed in this study consists of the detailed description of two series of events which start with the «contar con el suegro» (introducing the bride groom to the parents-in-law), stage of formalisation of the courtship, which ends respectively with marriage or elopement. The key concept for the analysis and comparison of these two sequences has been that of limit or border. This concept, which implies the existence of different values, prohibitions and jurisdictions has permitted to examine the movements of the protagonist and the change in status produced in them. This point of view has permitted to sidetrack the classistic interpretations and the prejudices that heavily burden this topic. On that basis, it

is shown how «llevarse la novia» and «casarse» (to marry) are comparable from the point of view of its formal structure to the transition rites. Finally, it is shown the importance which these two types of matrimonial strategies have in the study of the socio-cultural stratification and identity of the social groups, in particular that of the daily workers, in the rural society.

